El Cuento Azul

publica semanalmente los mejores cuentos y novelas cortas de los más insignes escritores.

Ejemplar: 40 cts.



TINITA, LA CAPRICHOSA

La Novela Sugestiva

TINITA, LA CAPRICHOSA

por

TOMÁS DEL VALLEHERMOSO

Ilustraciones de
SEGURA

10

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



TINITA ha cumplido diecisiete años. Es una muchacha aristócrata, moderna, independiente: todo un temperamento.

Huérfana desde muy niña, ha vivido siempre con sus tíos, los Tornavélez, que ostentan en la portezuela de sus cinco coches—de las mejores marcas—el blasón de su estirpe. Vieja y alta alcurnia. Corre, pues, por las azules venas de Tinita el más noble zafiro (savia añeja del rosal de su cuerpo) mezclado—según hablillas de escaleras abajo—con la más roja grana plebeya, en aleación maravillosa. Así están de lozanas aquellas rosas carnales de su cara, de su escultura palpitante. Sangre azul y sangre roja—mitad y mitad—suelen producir tipos soberbios de humanidad perfecta.

Su madre había sido una belleza muy siglo XIX, un poco «demodé» para nuestro concepto de la

estética corporal y facial. Su padre... putativo fué desde su casamiento, y aun antes, una piltrafa humana, fruto desdichado de una raza degenerada y decadente. Así se explica que cuando al cabo de cinco años de matrimonio infructuoso, llamó a las puertas de la vida Tinita, toda la familia bendijese a Dios por el ópimo fruto del árbol arruinado de los Tornavélez. Realmente no se comprendía que diese peras el olmo... Y como hay gentes tan incrédulas—y tan cotilleras—tomó cuerpo el runrún de escaleras abajo, y aun ascensores arriba, que daba en decir que aquella pera apetitosa de Tinita no era en modo alguno fruto de un olmo hipotético, sino de un peral como una casa. Es decir, que el árbol genealógico de la infantita había sufrido—mejor fuera decir había «gozado»—un injerto de peral altamente beneficioso para su vitalidad y lozanía.

El primer sorprendido fué el olmo; es decir, el presunto papá, que toda su vida—ya que estamos metidos en un jardín botánico metafórico—fué un alcornoque. Con semejante sorpresa, se murió del susto el pobrecillo.

Crecía el rorro—¿es académico el femenino de rorro? Pues digamos la rorra—; crecía Tinita saludable, magnífico ejemplar de criatura, y cuando entraba en el uso de la razón, perdió a su madre. Quizá fué providencial, pues la buena señora se había aficionado con exceso—visto el buen resultado del primero—a los injertos, si bien procuraba que fuesen esquejes de pura vejetación lujuriosa, árboles tamaños, enhiestos, frondosos, pero nada de frutales. En su triste estado de viudez no quería más frutos que fuesen piedra de escándalo... Y decimos que acaso fuera providencial el óbito de tan botánica señora, porque la nena, muy despierta e inteligente, habría sido la primera escandalizada si acaso advertía, como era más que probable, las aficiones jardineriles de su madre y su trato continuo con todo linaje de jardineros... Afortunadamente para la salud moral de la pequeña, su mamá estiró oportunamente la pata. Pero, ¡ay!, que a la niña le cantaba, aun antes de verdear la adolescencia, la sangre heredada en las arterias, como resuena el mar en lo cóncavo de las caracolas.

Vivía ya con sus tíos, los Tornavélez—hermana la marquesa del pobre papaíto de Tinita—, cuando aquella canción misteriosa de su sangre comenzó a atormentarle de manera inefable e inquietante. Sobre todo por las noches, acostadita en su lecho virginal, el pabellón de la oreja contra la alba envoltura de la almohada, gustaba de atender y de gozarse en la canción recóndita de su «mar rojo»—estiremos la metáfora—en la concavidad de caracola de su cuerpecito núbil, sano y de armoniosa línea adolescente. (A los doce años parecía una mujer en agraz.)

Ya se ve la sonrisita de ustedes pidiendo detalles de cómo son las mujercitas en agraz... Pues ve-

rán... No acertaríamos con la descripción exacta: *eso* hay que verlo, palparlo... Esto de «palparlo», dicho sea en el buen sentido de la palabra. Porque otra cosa no sería decente, tratándose de una chiquilla tan jovencita, aunque bien lo mereciesen aquellas pantorrillitas finas y armoniosas, y aquellas caderitas de curvas suaves e incitantes, y aquel pechito erguido y tembloroso bajo la fina blusilla de seda... ¡Qué chiquilla!

Si fuéramos a fijarnos en *detalles,* no tendríamos bastante con todas las páginas de este número para dar una ligera idea de la belleza tentadora de Tinita. Baste decir, pues, que Tinita, a los doce años, era ya «una cosa muy seria».

Pero sigamos con lo que de momento interesa, para que el lector vaya estando en antecedentes de las cualidades y defectos—defectos morales, claro—de la protagonista de nuestra historia, de la imponderable Tinita.

Su vida era regalada y feliz. En posesión de una fortunita saneada, para ella sola, padre adoptivo y tutor suyo el marqués de Tornavélez, nada podía desear la chiquilla que no lo lograse al punto. Capricho que la tentaba, capricho que satisfacía en el acto. No es de extrañar que la niña se convirtiera fatalmente, y en plena primavera casi impúber, en «Tinita, la caprichosa», como la decían en todas partes.

Y sus caprichos eran siempre caprichos en serie, caprichos coleccionistas. Coleccionó muñecas—las

reunió a docenas—, coleccionó postales, coleccionó raquetas de «tennis», patines, bicicletas, vestidos, zapatos, perifollos; todo lo coleccionable.

Y un buen día se le ocurrió coleccionar... Pero esto merece capítulo aparte.





E le ocurrió a Tinita coleccionar besos.

En cierta ocasión (todavía besaba a las visitas de confianza, parientes y amistades íntimas de sus tíos, al saludar y al despedir a las personas mayores), acabados de cumplir los trece años, fué a darla un beso, al marchar de casa, un tío segundo suyo, con fama donjuanesca, y la niña, que conocía su leyenda, giró rápidamente el rostro cuando él acercaba los labios faunescos a su mejilla, y el beso fué a posarse en los labios de guinda de Tinita. El Don Juan—a pesar de toda su experiencia amatoria—, sorprendido y encantado de aquella inesperada libación dulcísima, se alejó del palacio de los Tornavélez dudando de si *aquéllo* había sido fortuito o intencionado por parte de la nena. Pero resuelto a volver pronto para cerciorarse...

En cuanto a ella, absolutamente consciente de su audacia, la impresión experimentada la conturbó por modo extraordinario aquella noche. Y sólo deseaba que amaneciera para repetir la suerte fuese con quien fuese.

No hay memoria escrita—ni siquiera la propia Tinita lo recuerda ya—quiénes fueron los afortunados mortales con los que repitió durante algunos meses, y cuantas veces pudo, la experiencia.

Y como padecía aquella manía coleccionista de que ya se ha hablado, y los besos eran cosa inaprehensible una vez gustados, y ella no se resignaba a no coleccionarlos como coleccionaba muñecos, pulseras o collares, objetos tangibles y palpables todos ellos, se dió a discurrir el modo de lograr la colección «besil», que se le esfumaba, como el humo, en la memoria, conforme iba haciéndose abundante y numerosa en «ejemplares»... Y no halló otro remedio para retener de algún modo tanto beso sabroso, que ir registrándolos, bien descritos y para su saboreo recordatorio, en un cuadernito, el más lindo y coquetón de su colección de cuadernitos (porque también coleccionaba cuadernos). Tenía uno para apuntar los partidos de «tennis» que ganaba; otro en que anotaba los días de lluvia; otro en que registraba las veces que su «carabina» perdía las gafas... y así hasta el infinito...

Pues entre todos los cuadernitos de su colección eligió, como queda dicho, el más precioso para conservar el recuerdo de sus besos.

Al cabo de tres años de «colección besil»—título que ella estampó en la primera página—, los cuadernitos se habían multiplicado, y ahora que «Tinita, la caprichosa» cuenta diecisiete primaveras, ha llenado con su letra picuda y aristocrática más de diez tomitos, encuadernados en ante y con los cantos de oro.

En la imposibilidad de reproducir todos los capítulos de tan sugestivo manuscrito, vamos a escardar aquí y allá, al azar, en sus satinadas páginas, transcribiendo aquellas que puedan leerse sin demasiada inquietud sensualista, porque, en confianza, te diré, caro lector, que hay capitulitos en los carnets de la chiquilla que son intranscribibles...





ESTA tarde he estado en casa de mi amiguita Chuchy. ¡Infeliz! No podría coleccionar besos como yo, aunque, según me ha dicho, mucho la gustaría, porque no sabe todavía lo que es besar. No ha besado más que a las personas de respeto y en la mano. No se atreve a otra cosa, ni nadie se ha atrevido con ella... Yo he querido enseñarla y hasta la he dado lecciones..., pero luego no tiene nunca ocasión de poner en práctica sus conocimientos en la materia. ¡Las hay desgraciadas! Porque Chuchy es preciosa y está hecha una mujercita, que yo supongo que a los hombres ha de parecerles tan apetitosita, por lo menos, como yo. Tiene mi misma edad y tiene una cara que es un sol y un cuerpecito encantador. Pero, nada, que no la sirven de nada.

Pues, como iba diciendo, esta tarde he estado

en su casa. Decidimos no salir, y pasamos el rato leyendo mis cuadernitos en su cuarto, cosa que la encanta, y al cabo de una hora de satisfacer de este modo sus ansias insatisfechas de besar, salimos al balcón, para refrescarnos, pues como ya se inicia el calorcito de mayo—supongo que sería por culpa del calorcito primaveral y no por otra cosa—, estábamos las dos realmente muy sofocadas...

El balcón del cuarto de Chuchy—un hermoso piso principal—da a la calle de Padilla, calle señorial, como todo el mundo sabe, y de poco tránsito. Pero no tan poco que de cuando en cuando no cruce bajo aquel balcón un transeúnte. Nos hallábamos las dos charlando y riendo en el balconcito susodicho, haciendo comentarios de las páginas de este cuadernito y de las lecciones prácticas que yo acababa de darle a mi amiguita para ver si se decide a hacer uso de ellas en próxima ocasión y con pareja del sexo contrario, cuando observamos que, medio oculto por el ramaje de una acacia, se había detenido bajo el balcón un caballerete que nos observaba con vivísima atención... Las dos notamos al mismo tiempo su presencia y nos dimos un codazo simultánea y mutuamente.

¿Qué hacía allí clavado, bajo la copa de la acacia en flor, aquel sujeto? Pronto lo adivinamos.

Nuestras falditas de tobilleras, mejor dicho, rodilleras, debían resultar, vistas desde el escon-



Tinita coleccionaba los besos en un cuadernito registro

dite del observador, enteramente musleras... Y le habían petrificado al pie de la acacia.

Chuchy, instintivamente, se inclinó sobre la barandilla, echando hacia atrás el traserito para hurtar a la vista del atrevido lo que tanto le llamaba la atención. Pero yo, que en estos csos siento siempre una especie de compasión del que quiere admirar algo y no se le deja, lejos de imitar a Chuchy, me quedé como estaba, y hasta estoy por decir que procuré facilitar al pobre hombre la visión inofensiva de lo que estaba contemplando. Recuerdo perfectamente que me puse a alisarme la melena con ambas manos, con lo que, sin duda, mi faldita subió muslos arriba unos centímetros. Entre las hojas verdes de la acacia vimos Chuchy y yo brillar las pupilas del picarón, como dos ascuas.

Me animé aun más, y, como quien no quiere la cósa, y como si me preparase a hacer ejercicios de gimnasia sueca, entreabrí un poco las piernas... ¡Y el mirón se tuvo que agarrar al árbol para no caerse! ¿Qué vería? No tanto como me figuro que se estarán creyendo los maliciosos, aunque sí lo bastante, digo yo, para sufrir mareos muy explicables...

Me agradó mucho, no he de negarlo, que mis piernas y lo que se pudiera ver desde abajo de mis muslos hasta la goma de los pantaloncitos de punto de seda rosa, sin contar lo que se adivina-

se..., ejercieran tan notoria influencia sobre el «afortunado mirón».

—¿Sabes lo que te digo?—le dije a mi amiguita—. Que no estaría mal aumentar la colección con un besito de ese mirón. Parece muy simpático...

—Estás loca. Sin conocerle... Y, además, ¡como no se lo enviases con los dedos!... Y resultaría poco interesante.

—¡Qué tonta eres!—la contesté—. Todo será que yo me lo proponga. Siento el capricho de aumentar esta tarde mi colección... Y como a mí me entre un capricho...

—Pues no sé cómo te las vas a arreglar.

—Tú lo verás.

Saqué del puño de mi manga el pañolito de encaje, que me llevé a la punta de la nariz, y al ir a guardarlo de nuevo—¡pícara casualidad!—el pañolito que cae a la acera.

—¡Ay!—grité—. Caballero, ¿tiene la bondad de recoger ese pañolito? Ahora mandaré a buscarlo. El caso es que no sé si estará en casa mi doncella... ¿Sería usted tan amable que me lo subiera? Yo saldré al descansillo de la escalera para recogerlo.

—Encantado, señorita. Pero ¿me dejará subir el portero?

—Dígale usted que se lo he dicho yo. Vamos a la escalera, Chuchy.

Chuchy me siguió, muerta de confusión (nun-

ca conseguirá nada de lo que se proponga esta infeliz...), pero intrigadísima y muy ilusionada con la aventura. Salimos a la puerta de la escalera; nos asomamos a la barandilla, y ya subía el amable joven, con el pañolito en la mano y mirando hacia arriba.

Yo bajé el primer tramo, sin que Chuchy se decidiera a seguirme; se quedó asomada a la barandilla del descansillo. Cuando llegó el guapo desconocido y me entregó el pañolito, le dije:

—Usted dirá que soy una desconsiderada; pero me dolía quedarme sin el pañuelo, que es recuerdo de un primito mío, y por cuya devolución le quedo muy agradecida. Es usted muy amable y no sé cómo pagarle esta molestia...

—¡Por Dios, señorita!

—En serio; si en mi mano estuviera pagarle este favor de alguna manera... Pídame usted otro en pago, y yo con mucho gusto...

Debí de ponerme tan expresiva al decir esto, que el muy tunante se atrevió a insinuar:

—Lo que yo le pediría a usted, quizá no me lo querría dar...

—Según lo que fuese... Diga usted.

Y casi, casi adelanté los labios, invitándole.

—Con un besito de esa boca me pagaría usted con creces este insignificante favor...

—¡Hombre! Pide usted unas cosas... Pero, bueno, puesto que usted se va a marchar en seguida y no nos hemos de volver a ver más, no

quiero que le quede mal recuerdo de mí. Le daré un beso. Pero con una condición.

—Usted dirá, encanto.

—Que le tiene que dar otro mi amiguita. Así me dará a mí menos vergüenza.

Chuchy quiso huir. Pero yo la retuve.

—¡Ven acá!—y aunque no bajó ni un escalón, conseguí que no se fuese—. Primero, le besaré yo, y luego, tú.

Y le ofrecí mis labios al caballero.

¡Qué besazo! No sé lo que duró, porque cerré los ojos y perdí la noción del tiempo. Cuando los abrí, llenos los labios del sabor agridulce del aliento viril, Chuchy había desaparecido. ¡Es una pazguata!





SIEMPRE que viene a verme mi primo Enriquito, el hijo de tío Enrique, cuyos labios fueron los primeros que supieron del sabor de los míos, se me ocurre pensar: «Si es verdad lo de que de tal palo tal astilla, este chico está predestinado a trastornar a las mujeres.» ¡Cualquiera lo diría! Porque el pobre Enriquito, tan poquita cosa, tan tímido y casi enclenque, en nada hace presumir que llegue a ser un día ningún Don Juan. Tiene ahora quince años, uno menos que yo, y está tan escuchimizado, que todavía lleva pantalones cortos y las piernas al aire.

Hoy ha comido en casa, como todos los jueves, y por la tarde—yo me siento a su lado una criatura superior—he querido llevarle al cine. Nos ha acompañado doña Cleta, mi carabina, que

una vez más ha perdido las gafas, y en cuanto ha empezado la película, como sin ellas no ve una jota, se ha quedado dormida.

Por fortuna, la película que se proyectaba era de Greta Garbo—¡oh, maestra imponderable del beso!—, y, apenas se había aparecido en la pantalla su figura inquietante de vampiresa y sus labios se abrieron tentadores en ofrenda a los labios del galán, yo sentí el estremecimiento voluptuoso que me recorre la espalda y baja de la nuca a los talones, siempre que en el cine la veo besar. Instintivamente, como me sucede siempre con la persona que tengo a mi lado, y por eso procuro elegir bien la compañía, apreté nerviosamente el brazo de Enriquito... y exclamé con voz ahogada:

—¡Cómo besa esta mujer!

Mi primo me miró y yo le dije:

—Perdona, chico, ¿te he hecho daño? Ha sido sin querer. Es que me pone nerviosa esta Greta cada vez que besa a un peliculero. ¿No te parece que no es para menos?

Enriquito se encogió de hombros no sabiendo qué contestarme, pero se me antojó que sus ojillos azules chisporrotearon en la oscuridad. Me pareció advertir que su sensibilidad se había despertado ante aquel beso de la Garbo y quizá más al sentir la presión de mi mano crispada en su brazo y al escuchar mis palabras de entusiasmo, empañadas por la emoción.

PISO 1º



—Y le ofrecí mis labios al caballero

Transcurría la película sin nuevas emociones y Enriquito callaba, pero yo sentía su brazo sobre el brazo de mi butaca, en contacto con el mío, como si me lo ofreciese resignadamente en holocausto para que yo desfogase mis nervios apresándole si de nuevo experimentaba aquella necesidad.

Sobrevino otra escena de amor en la pantalla. Se presentía el segundo beso *gretesco;* flotaba en el ambiente la vibración sensual que irradia la gran peliculera, que, felina como una tigresa, retardaba el instante presentido. Yo miraba de soslayo, intrigada e inquieta, a mi primito, cuyos ojos se clavaban alucinados en la pantalla, al tiempo que su brazo, de una manera maquinal, se incrustaba en el mío...

Entonces fué algo más que el brazo, pues el suyo se apoyó sobre mi pécho, contra el que yo misma lo apreté fuertemente con la mano que me quedaba libre... (Hay que advertir que la otra, que se me escurrió hacia la butaca que ocupaba mi primo, quedó aprisionada por la postura y yo no descontenta del tropiezo que tuvo y de la ocupación que encontró...)

Pero el beso tenía para mí aun mayor importancia.

El rostro de Greta—gatuno y sensual—se aproximaba lentamente, muy lentamente, al del galán; sus labios se iban entreabriendo, preparando el acoplamiento lúbrico y perfecto con los de

él; los ojos en los ojos; las aletas de la naricilla, palpitantes; la respiración henchida e isócrona... En todas las gargantas había un nudo que estrangulaba, y dijérase que se percibía el sordo latir de todos los pulsos, como inacordes tic-tacs de múltiples relojes en relojería.

A medida que Greta y su galán iban—lenta, muy lentamente—acortando la distancia de labios a labios, Enriquito y yo, como sugestionados, íbamos imitando—tal que si fuésemos espejo del espejo de la pantalla—aquel imantado aproximarse de los rostros.

Y cuando apareció en el lienzo la palabra «Fin» y la luz se hizo, todavía tenía yo dentro de mi boca la boca adolescente, de bordes asperillos—pelusa de melocotón—por el bozo. (Menos mal que estábamos en la última fila de butacas...)



PLAGA DE VICIO



UEN día, hoy! Todo coleccionista suele darse por muy satisfecho el día que consigue una nueva adquisición. Pues bien, yo, «Tinita, la caprichosa», traigo hoy a las páginas de mi cuadernito querido, cinco, nada menos que cinco besos nuevos. ¡Hurra! Te portas, «Tinita», eres un hacha. Y ¡cuán distintos estos cinco besitos de hoy...! En la variedad está el gusto, desde luego. ¿Cuál de los cinco me ha dejado más indeleble sabor? No sabría decirlo: habrá que esperar a que se pase la sensación. En este momento me saben—los cinco juntos—a *coktail*—un *coktail* de besos—delicioso.

Fuertecillo fué el primero, como ginebra. Buen sorbo matutino para matar el gusanillo. ¿Matarlo? Si le llamamos gusanillo al apetito—más o menos desordenado—, a mí acabó de despertármelo aquel sorbo fuerte y acre de la mañana.

Fué en la playa. Hace quince días que llegamos de Madrid y aún no había bajado a la playa. Avida de inaugurar mis baños, bajé esta mañana. Sin baño parece que no se ha empezado el veraneo. Y como este año hemos venido tan pronto, a causa de la convalecencia de mi tía, para ver si se repone en esta playa tranquila y solitaria, resulta que era yo la única bañista. ¡Con qué jubiloso placer me lancé al agua, bien ceñido mi cuerpo escultural por el sucinto *maillot!* Nadé como un pez. Me rendí, y me tumbé en la arena. El arenal estaba desierto. El sol acariciaba tibiamente mi cuerpo. Como no había nadie y me hace gran ilusión tostarme mucho, aproveché la ocasión para tomar un buen baño de sol. Me bajé el *maillot* hasta la cintura, dejando al aire mis senos anchos, fuertes, tan parecidos—¡qué orgullosa estoy de ello!—a los de la Venus de Milo.

El rumor de las olas—runrún de sedas—amortiguaba todo otro ruido. Así, no oí unas pisadas...

El sobresalto mío fué enorme cuando oí una voz bronca, áspera, a mi lado diciéndome:

—Ya se conoce que la señorita es forastera cuando se descubre tanto... Aquí no se permite. Gracias que todavía no ha bajado a la playa alma viviente.

Repuesta del susto—que me impidió cubrir mis desnudeces—pregunté:

—¿Quién es usted?

—El bañero, señorita. Como supe que había

gente forastera, bajé por si algún veraneante necesitaba mis servicios. Y me alegro...

—¿Por qué?—dije, acordándome entonces de mi «deshabillé» de cintura arriba, ante la mirada fija de aquel hombrón barbudo, especie de Neptuno en traje de bañero (un traje de franela gorda y blanca, a modo de primitivo pijama) y con un gran sombrerón de paja flexible.

—Porque barrunto que querrá usted que la bañe.

Estuve a punto de contestarle que yo sabía nadar, seguramente tan bien como él, y no le necesitaba para nada; pero no se lo dije, no sé si por no negarle los cuartos que había bajado a ganarse en cumplimiento de su oficio de bañero, o por qué otra razón un poco vaga, inconcreta... El caso es que le dije:

—Pues cuando usted quiera.

Me tendió la mano, ayudándome a levantarme, y sin soltármela, entramos cogiditos en el agua.

Yo al lado de aquel lobo marino, debía parecer una sirenita muy menuda. El me llevaba como a una niña de cinco años, animándome y tratando de quitarme un miedo hipotético que yo estaba muy lejos de sentir.

—No hay que temerles a las olas. Hoy no hay resaca. Se da un saltuco y ellas mismas le levantan a uno. Yo la sujetaré y usté cierra la boca pa no tragar algún buche de agua.

Yo me dejaba aleccionar, como una novata.

POCA DE VICIO

—Nadará usted muy bien—le dije—; con usted no hay miedo de que le pase a una nada...

—Fíjese la señorita: pué decirse que nací en el agua, y en este oficio llevo veinte años.

—¿Cuántos tiene usted ahora?

—Cuarenta y uno. Ya ve usted si me conocerá la mar y yo a ella.

—Usted no ha hecho caso del refrán: «De los cuarenta para arriba...»

—¡Quién hace caso de eso!

—Yo tampoco lo haré, cuando los tenga...

El Neptuno pueblerino se rió de mi ingenuidad, diciéndome:

—¡Pues no le falta poco que andar y que nadar a la señorita para llegar a los cuarenta! No tendrá veinte abriles, digo yo.

—¿Veinte? Dieciséis, y gracias.

—Pocos se me hacen. Tiene cuerpo de más.

—¿Le parece a usted?—y diciendo esto, una ola nos cogió de sorpresa y a poco nos tumba, por lo que el bueno del bañero me sujetó fuertemente por donde mejor pudo.

—¡Digo!—exclamó muy convencido.

—Pues también usted—me atreví a decirle (porque del susto de la ola y de la pericia del bañero había yo salido con ciertos barruntillos de capricho súbito)—; también usted representa más años de cuarenta y uno. Con esas barbazas...

—Usolas desde mis veinte.

—Cualquiera le da a usted un beso; lo que es su mujer, si la tiene, no le dará muchos...

—¡Otra! Y eso, ¿por qué? No me da muchos, no; pero no por mor de las barbas, sino porque después de dieciocho años de casorio ya no hay humor de besos; pero lo que es por las barbas... Acuérdome, y usté perdone si falto, que a lo primero bien que me buscaba los morros y decía que la gustaban las cosquillucas que le hacían las mis barbas en la cara.

—¡Otra ola grande!—le interrumpí, y al dar el salto, agarrándome a su cuello, todo mi rostro lo restregué en sus barbazas bíblicas y correantes. En lo que experimenté una sensación extraña, indefinible, fortísima.

A cada ola que llegaba, yo buscaba aquel cosquilleante y áspero contacto en mis mejillas. El hubo de notarlo y dijo sorprendido:

—¿Está probando si pinchan las barbas o qué la pasa, muchachuca?

Me asombró su ingenuidad, si es que lo era, y le dije perversa:

—Tiene razón su mujer; no son desagradables las cosquillucas, como usted dice; pero para besar, no será lo mismo...

—Igual, tontina.

—¿Me deja probarlo?

En aquel momento debió él de pensar que si mis dieciséis años físicos parecían veinte, en punto a malicia debían de ser seis. Y contestó:

POCA DE VICIO

—Pruebe si quiere; es caprichosa, por lo que se ve, la mozuca...

Le besé. Pero fué un beso mío solo; un beso que no cuenta. El se dejó besar... ¡en las barbas!, porque levantó el rostro, quizá asustado de mi chiquillada. Cuando salíamos y me iba acompañando hacia la caseta, yo insistí:

—¿De manera que su mujer ya no lo besa?

—Claro que no...

—Será que usted no sabe... Antes, cuando yo probé por ver si hacían cosquillas sus barbas, usted no besó. Comprendo que su mujer no encuentre en sus besos ningún aliciente...

Neptuno—que si ingénuo, no era lerdo—se trasformó súbitamente en un dios terrestre y carnal. Había comprendido. Y al llegar a mi caseta, me abrió la puerta, y antes de cerrarla, quedándose él fuera, susurró roncamente:

—¿Quiere saber cómo besaba yo a mi Tanasia de moza? Pues mire, así...

Sentí sus labios cerrados, abultados, húmedos de agua salobre, restregándose brutalmente sobre mi boca, y toda mi cara envuelta, oculta en la maraña de seda de su barba fluvial, como la endrina. Tuve la impresión tremenda de que me devoraba un tiburón.

Pero fué un beso que me hizo vibrar de gozo... ¡Me hubiera dejado tragar por el tiburón muy a gusto!

* * *

Sobre la ginebra el jerez.

Se ha presentado en casa Pepe Luis Senén en su auto. Va de paso. Después de comer y antes de marchar se ha ofrecido a darme un paseo en el coche. Acepté encantada. Porque Pepe Luis —treinta y cinco años bien vividos—es reincidente. Figura ya en el cuadernito.

No ha hecho falta preámbulo. Apenas hemos salido del pueblo, ha detenido el coche en el primer recodo del camino. Y nos hemos «dormido» en la suerte. Un rosario de besos, a sorbitos menudos, paladeados, como se beben los chatos de jerez.

* * *

El tercero, más que un simple de vino o de licor, como parte integrante del *coktail* del día, fué... de leche.

El muchachito que ordeña las vacas de la finca, todas las tardes, es un angelote. Catorce años robustos, fuertes, pero que resistirían el desnudo en un retablo: tal es su aspecto infantil. El beso que le he robado esta tarde en el establo no me supo a vino precisamente... ¡Qué chiquillo más rico!...

* * *

Y el cuarto, zumo de manzana; manzana de Eva. Justamente salía del establo, donde el ange-

POCA DE VICIO

lote de retablo continuaba ordeñando a las vacas, cuando veo pararse ante la puerta del jardín un auto. ¡Otro auto! ¿Quién viene a vernos? ¡Es Chuchy! Chuchy con su familia.

En cuanto hemos podido, nos hemos alejado, solas, por el jardín.

—¡Tengo que contarte muchas cosas, Tinita mía!—me ha dicho.

La encuentro cambiada en estas dos semanas: resuelta, decidida, rotunda de ademanes, de andar, de gesto... «¿Qué será?», me digo.

Y pronto me lo explico, y me lo explica.

—Chiquilla, harta de no decidirme nunca a seguir tus lecciones teóricas y prácticas; cansada de mi pusilaminidad, que después de los ánimos que tú me dabas, volvía a verlos convertidos en timidez; cuando tú te fuiste de Madrid, echaba mucho de menos tus charlas, tus «lecciones», tu cariño. Y sentía más deseos que nunca de algo que no sabía lo que era... Para sustituir de algún modo tu compañía, tu amistad, tu ausencia, intimé con Clarita, la chica del entresuelo de mi casa. Y le confié mis ansias insatisfechas de besar, como tú, de sentir el placer que proporciona el beso y sus consecuencias y su recuerdo... Pero la confesé también mi timidez, mi falta de resolución ante los hombres, a quienes, a pesar de todo, huía... Y me dijo Clarita: «Haces bien.» ¿Comprendes, Tinita?

Creí comprender. Me acordé de aquella Clara,

morena, angulosa, enjuta, que se creía pintora; que iba al Museo a fusilar cuadros del Greco de Goya, siempre vestida con trajes de sastre, y calzada sin tacón; con camisolas y corbatas de marimacho. Comprendí.

Chuchy, siempre tan femenina y tan bonita, traía sin embargo en su gesto, en sus maneras, no sé qué reflejo de aquella Clara que andaba a grandes trancos y con su caja de pinturas debajo del brazo.

—Sí, Tinita mía; tenía razón Clarita. No hacía falta que yo venciese mi timidez ante los hombres, para saber, como tú, de las delicias de un beso, de tantas otras delicias... Y ardía en deseos de hacerte mis confidencias como tantas veces me has hecho tú las tuyas. Venía deseando estar contigo para demostrarte que ya sé, que ya soy tan maestra como tú en el arte y en el goce de besar. Y quiero, a cambio de tus intentos de instruirme en tus artes, demostrarte prácticamente mis adelantos, mis descubrimientos...

No me atrevo a escribir aquí, en público, y he de confesar que tampoco me decidí a consignarlo *todo* en mi cuaderno «privado»; lo que ocurrió entre nosotros... ¿Demasiado? Quizá... Aunque se piense que en ciertas cuestiones mucho sabe a poco, «aquello» sí me pareció demasiado... Por lo menos, me lo parece ahora, en que mis gustos, afortunadamente, van por otros derroteros...

Pero entonces yo no sé lo que me pasó... Chuchy

BOCA DE VICIO

sabía ya más que yo, en cierto aspecto... Dominaba una *especialidad* en la que yo no me había «entrenado» nunca... Y es natural que me cogiese desprevenida y hasta que me agradase en cierto modo la novedad...

¡Qué endiablada Chuchy!

Oyéndola, y más aún, comprobando prácticamente sus demostraciones de sabiduría «besatoria», quedé aturdida, confusa. Todas mis ideas se tambalearon un punto. Me mareé... ¿Marea, emborracha la sidra? Dicen que no. Pero yo aseguro que el zumo de manzana que esta tarde le eché a mi *coktail* de hoy, me hizo perder la cabeza...

* * *

Y el quinto ha sido una golosina, una rara golosina, como un bombón.

El quinto beso de hoy, me lo ha dado... el espejo.

He empezado a desnudarme, rendida del baño, del paseo en auto, de las emociones del día, dispuesta a acostarme, dejando para mañana las anotaciones del cuadernito. Pero conforme iban haciéndose a mis pies un suave y fragante rizo de espuma mis sutiles prendas íntimas, e iba quedando desnuda ante la luna del espejo, han ido surgiendo en mi memoria y reviviendo las gratas sensaciones de la jornada. Y como Narciso contemplándose en

la fontana, yo me contemplaba en el espejo. ¡Y me he enamorado de mí! Ardía mi carne, que para consolarse de su fiebre buscaba el frío contacto del cristal, y más se enardecía.

Ha asomado entre mis dientes, entre mis labios gordezuelos, la puntita de la lengua, que ha ido flechada a apoyarse sobre su contrafigura en el espejo, hasta tener que esconderse, retirándose al interior, en tanto que los labios avanzaban y se aplastaban contra su propia imagen. Y a fuerza de besar, con saña, con ardor, con frenesí, se empañaron con el aliento febril de estos traspor-tes, mi cuerpo, mi rostro repreciosos...

Besar, besar..., sí. Pero... Estoy comprendiendo que tras del beso es preciso algo más.



PUESTA DE VISTO



HASTA aquí, páginas, capítulos sueltos del *carnet*—ante y cantos dorados, satinado papel, letra aristocrática y picuda—de «Tinita, la caprichosa», que un azar venturoso puso en manos de un diablejo—o diableja—con cofia y buen palmito, y con cuya amistad nos... deleitamos. (Ibamos a decir «nos honramos», pero se sobreentiende que en una amistad con doncellita de esta índole, los *honrados* somos siempre nosotros...)

Susana—la doncella—, desde que leyó el famoso cuadernito de la «colección besil», espía discretamente a su caprichosa señorita; no con el ceño fruncido ni con la bilis de la envidia alterada, sino con la curiosidad—una curiosidad alegre y comprensiva—bien despierta. Quién sabe si aspirando a ser la mejor confidente y cómplice de los caprichos de la gentil niña bien.

Pero procedía con cautela, porque temía que a su señorita desagradase saber que, sin su permiso y a escondidas, ella le había curioseado cuadernos tan íntimos.

Sobre todo, lo que acució más vivamente la curiosidad de Susana fué aquel final del último capítulo transcrito, en que la señorita confesaba su convicción de que después del beso era preciso algo más... «¡Cuánta razón tiene!», pensaba la doncella, que también tenía... es natural... su alma en su almario y no carecía de experiencia amatoria, como cada quisque.

Solía Susana ayudar a vestirse a Tinita. Esta, como inteligente y ducha en precaverse contra toda posibilidad de que su temperamento de fuego, sus instintos carnales y sus desahogos sensuales fuesen advertidos en el seno de la familia (parecía mentira que, dadas sus audacias con los hombres, lo consiguiera, y esto dice mucho de su inteligente arte del disimulo cuando le convenía usar de él); Tinita, decimos, se mostraba siempre con sus tíos, con la servidumbre, con las visitas y con cuantas personas «no entraban en sus cálculos *besatorios*», perfectamente seriecita y formal. Y así, aun cuando Susana llevaba ya dos años a su servicio, nunca hubiera podido sospechar, a no haber caído los cuadernitos en sus manos, las disposiciones amatorias y las aficiones y travesuras eróticas de su señorita. Que siempre sabía, en su trato cotidiano con la doncella, guardar las distan-



—Con jubiloso placer me lancé al agua

cias, tratándola con seria afabilidad engendradora en el comportamiento de la chica, de respeto y de mesura. Entre doncella y señorita existía un afecto natural, una recíproca simpatía que en nada contravenía las conveniencias sociales ni la normalidad de la conducta entre una y otra: la señorita y la sirviente.

Este trato, sostenido en ese tono durante dos años largos, cohibía un poco los secretos propósitos de Susana, en orden al espionaje y a la curiosidad que lectura tan excitante y sabrosa la despertara. Pero, en el fondo, estaba segura de su triunfo y decidida a favorecer, incluso, las expansiones de su amita.

Susana tenía novio. Un novio ocasional que la gustaba mucho, pero del que nunca pensó que pudiera llegar a ser su marido. Era un estudiantón, buen mozo, muy aseñoritado, pero con cierta rudeza de maneras que delataba su origen humilde. El solía llevarse a Susanita algunos domingos a la *Bombi,* donde se marcaban tal cual chotis con incrustaciones corporales delirantes y con descansos intermedios en un reservado propicio a todas las expansiones juveniles del amor. El estudiantón era un muchachote simpático, noblote, pero completamente «primitivo»—como un troglodita—en sus expansiones carnales. Estaba encaprichado, desde el punto de vista de lo material, de su Susana, tan complaciente. Y cuando tardaba más de cuatro días en verla, la escribía unas cartas brutales, inflamadas en erotismo bestial, pero en el fondo sano—sin refinamientos perversos—, con grafismos de léxico que ruborizara a un sargento de la Guardia Civil, y que a Susana—dicho sea en honor de la verdad—encalabrinaba hasta el paroxismo.

Leyendo una de estas misivas inflamadas, pura dinamita obscena, Susana pensaba que un beso de este ejemplar de macho le faltaba a su señorita en la colección. Y por asociación de ideas comparó el estilo de la carta con el de las confesiones íntimas de Tinita... y la comparación brotó en la imaginación de la doncella una ocurrencia diabólica: «Si la señorita leyera esta carta, ¿cómo se pondría?, ¿qué escribiría luego en su cuaderno? ¿Escribiría algo? ¡Cuánto me gustaría poder leerlo!»

Y fué para la chica una obsesión lograr que su señorita leyese las cosazas que el estudiantón la decía.

Acudió, pues, cierta mañana a la llamada de Tinita para que la ayudase a vestirse, con la carta mal doblada en el diminuto bolsillo del delantalito diminuto. Y al tiempo de salir de la habitación, cumplida su misión doncellil, hizo que el papelito se le cayese del bolsillo, como al descuido, sobre la alfombra. Salió, cerró la puerta y se puso a observar por el ojo de la cerradura...

Tinita recogió el papel, lo desdobló y se puso a leerlo. ¡Cómo le latía el pulso a Susana, tras de la puerta! Tinita leía con avidez, atónitos los ojos, jadeante, aquella sarta de brutalidades rijosas. De-

voraba la carta. La releía una y otra vez. Después, Susana, la vió vacilar, dudar, sin saber qué hacer con ella. Por fin, la puso en el mismo sitio en que la encontrara en el suelo y llamó al timbre.

Un punto la confusión alteró el ánimo de Susana. Procuró rehacerse, y al poco rato—como si al sonar el timbre hubiera estado lejos del cuarto de su señorita—entró y la preguntó qué deseaba.

Tinita, fijos los ojos en Susana, sofocado el rostro, desorbitada la mirada, se aturdió más que ella: no sabía para qué la había llamado.

—¡Ah, sí!—dijo por fin—. ¿Ha venido ya doña Cleta?

—No, señorita. Nunca viene tan temprano. ¿Quiere algo más la señorita?

—No, nada... Es decir... Arregla un poco el cuarto; recoge ese papel del suelo... ¿Qué es?—preguntó cuando Susana se lo guardó en el bolsillo del delantal.

—Nada, señorita.

—Como te lo guardas...

—Es una carta mía, señorita. Se me ha debido caer antes, se conoce...

—¿Una carta? ¿De tu casa...?

—No, señorita... Es de mi novio...

—¡Ah! ¿Tienes novio?

—Nada formal... (Tinita estuvo a punto de exclamar: «¡Ya lo he visto!», pero se contuvo.)

—¿Le quieres?

—¿Qué se yo?

—¿Te gusta?

—Como gustarme...

—Le gustarás tú a él.

—Creo que sí... Al menos por lo que dice...

—¿Qué dice?

—¡Ay! No son cosas para dichas a la señorita...

—¿Por qué?

—Es muy atrevido...

—Como todos los hombres. Digo, me lo figuro.

—Yo también lo creo así. Pero, vamos, éste es atroz... Dice muchas gansadas...

—Mientras no sea más que decirlas...

—Eso. Lo malo es que no se contenta con decirlas... Una servidora tiene que andar siempre parándole los pies...

—Me gustaría saber lo que te dice.

—¡Ay, señorita! Más vale que no lo sepa usted. No son cosas para una señorita...

—Bueno, pero como no son para mí, sino para ti...

—Con todo... Qué pensaría de mí la señorita. Porque no mira lo que escribe... Cosas muy fuertes, señorita...

—¡No será tanto! No quiero obligarte a que me des a leer esa carta, aunque bien pudiera haberla leído, puesto que la has dejado caer en mi habitación; pero te aseguro que me gustaría.

—Bien quisiera complacer a la señorita, pero...

no me determino..., son cosas fuertes, señorita Tinita, y podría usted incomodarse conmigo...

—¿Contigo? Si acaso, con él. Y tampoco, puesto que, suponiendo que diga alguna inconveniencia, no es a mí a quien se la dice...

—Con todo y con eso... La señorita no puede figurarse lo libre que es este chico escribiendo...

—Sí que me lo figuro. ¡Ea! ¿Me enseñas esa carta?

—Bueno, señorita. Pero me va a dar mucha vergüenza...

—¿Por qué, mujer? ¿Te figuras que nosotras, las señoritas, somos ursulinas?

—Claro que no..., pero, vamos, se me hace muy fuerte que usted lea ciertas cosas...

Tinita, cuya agitación y cuya sofocación y cuyos ojos brillantes, febriles, delataban su estado de ánimo, la excitación con que ardía su sangre, contestó a Susana:

—¡Qué infeliz!—y levantándose, sin ser dueña ya de sus actos, añadió—: ¿Después de ver esto? —y abriendo con una llavecita lo más secreto de su *secreter,* puso en manos de la doncella uno de los cuadernitos de sus confidencias—. Toma, y dame la carta. Lee.

Las dos fingieron que leían por primera vez, lo que respectivamente habían ya leído a solas...

Después... Se miraron las dos, sonrientes, cómplices ya de sus respectivos «secretos», y Tinita habló así:

—Comprenderás, Susana, que después de haber leído lo que has leído, tienes que ser ya más que una amiga mía, mi aliada, mi confidente, la persona para la que yo no tengo secretos, y en la que pueda confiar ciegamente. A cambio de eso, te ofrezco, qué sé yo: lo que me pidas. Creo que no saldrás perdiendo. Haré por ti, en todos los terrenos, todo lo que yo pueda hacer y más. ¿Puedo contar con tu lealtad, con tu silencio, con tu alianza, con tu secreto a nadie revelado?

—Figúrese la señorita... La señorita sabe también lo mío. Y una también tiene que perder...

—Sellemos con un beso nuestro pacto.

—¿Un beso? ¿Para el cuadernito?

—No. Será un beso de amigas y aliadas. Nos protegeremos en nuestras diabluras, en nuestras aventurillas, con mutuo apoyo, ¿quieres?

—Ya lo creo, señorita Tinita. Es usted muy buena.

—¿Buena? Como tú. Dos diablejos... Pero ¡qué le vamos a hacer, si hemos nacido, como dice tu estudiante...; bueno, esa palabra rotunda y gachona, que no me atrevo a repetir! Venga el beso del pacto de la alianza, Susanita.

La intención era otra, sinceramente. Pero el beso entre Tinita y su doncella tiró de otro y de otro, como las cerezas, y bien pudo iniciar uno de los capitulitos del carnet de ante gris, con los cantos dorados...

RUTA DE VICIO



OÑA Cleta, esta tarde, ya les he dicho a mis tíos que la dejo a usted en libertad; no la necesito.

La pobre carabina se fué, más contenta que unas pascuas, y Tinita, apenas se quedó sola, llamó a Susana, que se presentó al punto, trayendo un envoltorio, y con muestras de singular alegría, que la retozaba por todo el cuerpo. Tinita palmoteó de gusto y las dos pusieron manos a la obra.

Se trataba de una divertida estratagema que habían urdido, por ocurrencia de Tinita la caprichosa. Se le había puesto en el moño—bueno, en la ondulada melenita—conocer al novio de Susana, y como hubiera sido una temeridad meterle en casa de sus tíos, habían ideado una escapatoria dominguera a la Bombilla, disfrazada la señorita de doncella, como una compañera de Susana. Ya ésta

había advertido a su novio que aquel domingo saldría con otra de las chicas. Y como al abusón de Julio—así se llamaba el estudiante—no le hiciese gracia la compañía, temiendo que les privara de las acostumbradas expansiones del reservado, entre pasodoble y chotis, Susana hubo de tranquilizarle prometiéndole que su compañera en nada les estorbaría, que era muy simpática y estaba deseando sacar novio, pues, a pesar de ser preciosa, no lo tenía. Accedió el gavilán al raro capricho de su palomita, bastante a regañadientes. Y aquella tarde, cuando estaba en la boca del Metro de la Puerta del Sol, donde solía aguardar a su novia, se vió sorprendido al advertir que se paraba un taxi a la vera del andén y que desde dentro le llamaba Susana. (Tinita, con muy buen acuerdo y con la perspicacia que Dios tuvo a bien darla, no quería exponerse a que alguna persona conocida la sorprendiese en el Metro o por las calles, en pelo y en compañía de su doncella una tarde de domingo, y había tomado un taxi, que, una vez recogido Julio, siguió hacia la *Bombi*.)

—Pero, chica—exclamó el estudiante sorprendido de aquel des pilfarro—, no estás tú poco postinera esta tarde. Te advierto que no sé si me alcanzará para la merienda, después de pagar al chofer... Yo contaba con el tranvía y gracias...

—No se preocupe usted—dijo Tinita—, he sido yo la que he tomado el taxi y soy yo la que ha de pagarlo.

—Bueno, rica; yo no debía consentirlo, pero la necesidad... Los estudiantes ya sabes cómo andamos siempre de posibles...

—Claro. Tome usted, para que no se violente a la hora de pagar—y le dió un duro.

—No serán más que tres pesetas aproximadamente. Luego te daré la vuelta.

Iba sentado el hombre entre las dos doncellas, muy apretujado, paseo de San Vicente abajo. Tenía razón la Susana: su compañera era muy campechana y muy bonita. «¡Caray, cómo está la criaturita», iba pensando, sintiendo a lo largo de todo su cuerpo, desde el hombro al tobillo, el grato calorcillo del contacto con aquella carne prieta y primaveral. Y como la única razón de su *pasión* por la Susana era la de sus encantos físicos y la de sus complacencias fáciles, sin que por modo alguno se complicasen en ello sentimientos más espiritualmente elevados, el estudiante, que tenía un «ojo clínico» expertísimo para calar la cantidad de «calorías sanguíneas»—términos de su léxico científico-macarrónico—de cada hija de Eva que se echaba a la cara; el estudiante, decimos, iba orondo y satisfecho entre las dos ninfas, prometiéndoselas felicísimas; más, a poco condescendiente que Susana se mostrase con su compañera, en el reparto que él haría equitativamente de sus entusiasmos.

Al principio iba un poco cohibido, en compara-

PUNTA DE VICIO

ción con su habitual desenfado de otras tardes de «idilio a lo bruto»—que es el más bueno, decía él—con su doncella. Pero pronto empezó a asomar la oreja de sus rudezas bonachonas, sí que abochornantes para oídos sensibles. Lo más *fino* que le dijo a Tinita apenas hacía cinco minutos que la llevaba al lado, fué:

—Tienes unas carnes que parecen talmente de hierro, pero en la fragua, cuando está al rojo de puro caliente. Me estás achicharrando este *coté*, criatura.

—¿Le molesto?

—Me estoy derritiendo de gusto. Con permiso de Susana, que también, también está *tibia* el alma mía.

—A ver si tienes celos, Susana—dijo Tinita.

—Peor para ella, ¿no?—añadió Julio sonriendo a su novia.

—De ésta no tengo celos; somos demasiado buenas compañeras.

—¡A ver si la quieres más que a mí!

—Desde luego.

—¡Huy, huy, huy!—exclamó el ganso malicioso.

En esto se detuvo el coche en uno de los merenderos de la Bombilla y descendieron. Julio pagó al conductor y devolvió religiosa y disimuladamente lo que sobró del duro a Tinita.

Tan a gusto se encontraba el hombre con aquel par de chicas descacharrantes en el acogedor re-

servado, que no salieron de él en toda la tarde. Cuando el cuerpo les pedía bailoteo, se enlazaban —una vez con una, otra vez con otra—sin salir del cuarto, al son del organillo que sonaba fuera, en el jardín o en el salón contiguo. Y mientras la una se apretaba contra el corpachón hercúleo del mozo, la otra, recostada en el diván, se divertía con ellos, con alusiones a la cola de pescado, al engrudo o al sindeticón que tan perfectamente parecía unirlos.

Las manazas de Julio, voraces en sus investigaciones anatómicas durante el «agarrao», recorrían con sabia delectación los mórbidos encantos de la pareja. Lo que, siempre bromeando, le indujo en un descanso, entre sorbo de manzanilla y sorbo de beso, a establecer comparaciones entre las dos amigas, con las palabras más gráficas y expresivas del diccionario aplicadas a los diferentes parajes corporales de las ninfas.

—Que os sé tan de memoria, que si me supiera la mitad de bien cualquiera de las asignaturas de este curso, me daban matrícula de honor. ¿A que a ojos cerrados os distingo por el tacto?—propuso.

—¡A verlo!—aceptaron ellas alborozadas.

Y le ataron un pañuelo, tapándole los ojos.

—¡Concurso de pantorrillas!—anunció primero.

El, sentado; ellas, de pie, ponían la pierna sobre las rodillas del estudiante, cuyas manos las recorrían lentamente desde la caña a... donde ellas le salían al paso, impidiéndole ascender.

RUTA DE VICIO



Púsose a observar por el ojo de la carradura

La pantorrilla de Tinita era fina, musculada, tensa y vibrátil. La de Susana, más gruesa, más carnosa. Era fácil distinguirlas al más ligero examen *tentacular*. Pero el picarón de Julio retardaba el fallo de aquel examen, haciéndose el torpe. Lo interrumpió para decir:

—Bueno; si acierto, ¿qué me dais?

—Lo menos un beso—contestó rápidamente Tinita.

—Acepto.

Y continuó la investigación. Cada una de sus manos palpaba, recorría en suave caricia una de las piernas de cada amiga.

—Pero si no aciertas—se le ocurrió a Susana—, el beso tendrás que dárnosle tú...

—¡Eso por de contado!—exclamó Julio.

Y los tres celebraron con grandes risas la ocurrencia y el pacto.

El mozo estaba ya como cualquiera se puede suponer... Había un detalle que le excitaba de una manera verdaderamente alarmante—¿cómo acabaría aquello?—, y era la diferencia que notaba, a más de en las pantorrillas, por línea, por dureza y por carnosidad, en la parte hasta donde le dejaban llegar, que era hasta poco más arriba de las rodillas, hasta donde empezaban los muslos, suavemente los de Tinita, vigorosamente los de Susana. ¡Y la comparación es lo que más le excitaba!

Durante un buen rato siguieron las discusiones. Ellas se dejaban... querer. ¡También les agrada-

ban aquellas caricias y aquella equívoca situación! Bien se notaba en sus rostros que iban poniéndose coloradotes, y en la movilidad de sus ojos. Y él prolongaba la discusión para seguir entregado a la dulce tarea de distinguir a las poseedoras de piernas, cada una en su estilo, tan magníficas...

Prefirió no acertar la vez primera, y equivocó los nombres de las respectivas poseedoras de las bellas pantorrillas examinadas. A las que hubo de pagar la «prenda» convenida. ¡Y con qué largueza, con cuánta generosidad lo hizo!

La segunda vez acertó, y ellas no se quedaron cortas en el pago del premio acordado.

De las pantorrillas se pasó a los brazos y a otras protuberancias corporales de ambas doncellitas.

Y no hay que decir que la cosa se fué poniendo verdaderamente trágica; ellas estaban trastornadas hasta lo más íntimo de su ser; y él... Bueno; él, para refrescarse, no hacía más que beber. ¡Y menos mal que el vino le abotagó un poco, y acaso también que en un momento dado llegó hasta a... perder las fuerzas, y no le dió por hacer una que fuera sonada!

Y al final de tantas transacciones y tantos pagos, en aquel divertido juego de prendas, ninguno de los tres veía claro; las cabezas no se sentían firmes sobre los hombros; las piernas no los sostenían, y, como nunca, se hizo axiomática la sospecha aquella de Tinita de que detrás del beso... hay algo más.

Pero este «algo más» era lo que Tinita, que rabiaba ya por conocerlo, era lo que no acababa de comprender...

¡Claro que ya sabía ella, en teoría, que tenían que *explicárselo* de otra manera!

Y cuenta las crónicas—esto no lo dice el cuaderno de Tinita—que, si no se lo explicaron aquel mismo día, no tardaron mucho en hacerlo, acaso en el mismo lugar y en parecida ocasión; pero a ella sola.

¡Estaba escrito!





PENAS habían transcurrido tres meses desde aquel delirante domingo de la Bombilla, cuando los cronistas de sociedad recogieron a porfía en sus noticias aristocráticas la boda de la «angelical, bellísima y virtuosa» señorita Constantina Inestrillas y Ponce de Encinar, con el probo funcionario de Aduanas don Cornelio Sanfelices. Fué padrino del enlace el marqués de Torrevélez, y madrina, la encantadora señorita Chuchy Garzón. La novia estaba lindísima con su traje nupcial, adornado con profusas guirnaldas, ramos y diadema del simbólico azahar, etcétera, etc., etc. Los novios saldrán inmediatamente para el extranjero, donde permanecerán una larga temporada... (Año y pico. Cuando regresaron trajeron un rorro de París; pero auténtico de París, tan hermoso, que todo el mundo le echaba

tres o cuatro meses más de edad de la que la criaturita tenía...)

Don Cornelio, después de aquella inusitada licencia, que los buenos oficios y las poderosas influencias de Torrevélez consiguieron para él, se reintegró como manso cordero a su covachuela.

El marqués le había dicho a su mujer, en vísperas de hallar tan oportuno marido para su sobrina: «de casta le viene a la galguita»...

Y Chuchy—eterna confidente de las diabluras de «Tinita, la caprichosa»—le había reprochado a ésta:

—Si me hubieras hecho caso a mí...

Pero Tinita no se arrepentía de cuanto había sucedido y seguía dispuesta a llenar todavía muchas páginas de incontables cuadernitos, con su letra aristocrática y picuda...



LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre	» 12	Semestre	» 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID